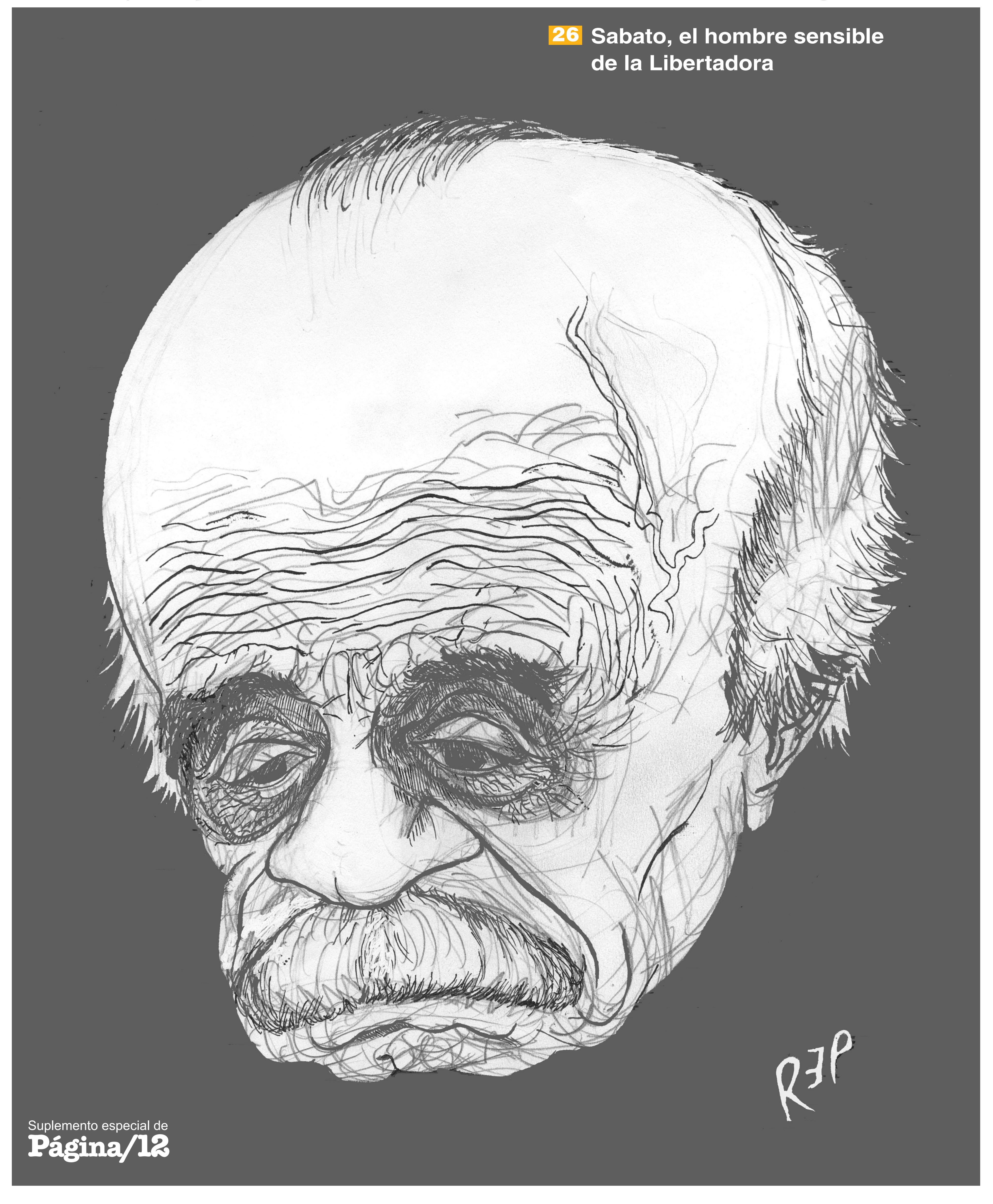
Peronismo

José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

26 Sabato, el hombre sensible de la Libertadora



Suplemento especial de
Página/12

SOBRE LA PARANOIA GORILA

Pese a considerar, con lucidez, que al peronismo no se lo habría de aniquilar con decretos, sino con "ilustración, esperanza y libertad" (nada de lo cual fue recibido por las masas peronistas de manos de los antiperonistas triunfantes), Mary Main centra la efectividad de su libro en trazar la atmósfera de una Argentina sometida por el peronismo al miedo: "Eva tenía también sus informantes, el mozo, la mujer sentada en la butaca próxima en el cinematógrafo, el conductor del taxímetro, la mucama, la manicura, en fin, cualquiera podía ser espía y podían estar en cualquier lado: en las oficinas públicas, en las escuelas, en las facultades, en las residencias de los particulares y en los lugares de diversión" (Main, *Ibid*., p. 123). El inicio de su relato es literariamente efectivo: "Abandoné Buenos Aires poco después de que Perón fuera elegido para su primera presidencia y regresé a la ciudad en 1951" (Main, *Ibid*., p. 9). Su descripción de Buenos Aires es similar a la que presenta Mordisquito: "sosegada forma de vida", "próspera", "en casi todas las manzanas los escombros que anunciaban nuevas construcciones", "las gardenias continuaban comprándose en las calles por unas escasas monedas", "la calle Florida cerrada al tránsito desde el mediodía", "colmada de gente como si fuera la pista de baile de una 'boîte'", "la vida social (...) se vinculaba siempre con 'cocktails parties' y vestidos de fines de semana en los 'country club' o en alguna estancia, mientras las conversaciones giraban alrededor del alza de los precios, de los enriquecimientos rápidos, de los scores en golf, de la escasez de manteca y de los viejos y buenos días en que las cocineras ganaban ochenta pesos por mes y lavaban toda la ropa de la casa" (Main, *Ibid*., p. 9). El texto –riquísimo– de Main revela qué clase social frecuentaba: la oligarquía. De aquí extraía su versión del peronismo. Porque si se encontrara con Discépolo el vate le diría que todo eso que vio: la gardenias, la calle Florida colmada de gente, la prosperidad, las nuevas construcciones, era el peronismo, "el tecnicolor de los años felices". Y si le escuchaba la queja por la falta de manteca le habría dicho lo que sabemos: "Leche hay, leche sobra; tus hijos, que alguna vez miraban la nata por turno, ahora pueden irse a la escuela con la vaca puesta". Cuando citamos este texto por primera vez (al ocuparnos de Discépolo) olvidamos esta simetría fascinante: El niño peronista iba "a la escuela con la vaca puesta", tal como, antes del peronismo, se iba a Europa la familia oligárquica. El peronismo había logrado un traslado de la vaca (sin quitársela a la oligarquía, lo que habría significado "expropiarla", hipótesis que ya tratamos) de la oligarquía viajera al niño que iba al colegio. También ahora los niños tenían "la vaca atada". Volviendo al tema de la escasez de manteca (típico del sonsonete oligárquico que siempre –o casi siempre, demasiado casi siempre– la clase media copia), Discépolo respondía: "¡No hay queso! ¡Mirá qué problema! Antes no había nada de nada, ni dinero, ni indemnización, ni amparo a la vejez... y vos no decías ni medio".

Lo que retrata Main es, sobre todo, el bienestar de la oligarquía y sus pequeñas quejas. Algunas paradigmáticas: el horror de que las cocineras ya no ganaran ochenta pesos por semana, sino mucho más y, para peor, no lavaran la ropa de la casa. Como sea, todo parece bastante idílico. Hasta que entramos en el fragmento *paranoico* del relato. Como todo relato paranoico tiene elementos de verdad. Ya se sabe: lo temible del paranoico es que siempre tiene razón. Al menos, él lo cree así. Main, con mano segura, desliza que hay, en las conversaciones, silencios inesperados, o se pasa con brusquedad a temas triviales, hay pequeños indicios: el dedo sobre los labios, una señal, si dos señoras comparten un taxi, hacia el chofer: puede estar escuchando y delatarlas, las cruces rojas sobre ciertas puertas, "una ciudad casi a oscuras" (se contradice con la pintura anterior, el contraste se transforma en contradicción, JPF), hay dos nombres que no deben pronunciarse en alta voz, se vive una vida "de callados y secretos temores", no hay quien no tenga un amigo en la cárcel, no hay quien no sienta amenazados "sus bienes y su vida", en esa existencia "llena de pequeños acontecimientos sociales y de diarios negocios o inversiones" el miedo tiene las cualidades temibles de lo próximo y real, en la intimidad se habla de actos de violencia, de revueltas futuras, y, por fin, todas las conversaciones giran en torno a "ella", lo que revelaba el miedo que todos le tenían, "ella" estaba; "de cada temor (...) y la energía desplegada para disimular su influencia y su poderío no servía para otra cosa que para probar hasta qué punto se había transformado en una obsesión colectiva" (Main, *Ibid*., p. 10).

Mary Main dice haber regresado a Buenos Aires en 1951. ¿Qué dejó detrás? Un país estragado por la paranoia. Sería fácil marcar todas las contradicciones que tiene su texto, lo clasista que es, lo patéticamente ingenua que resulta la queja sobre el cambio de actitud y la mejoría del sueldo de las cocineras o la delicia sobre los buenos argentinos que temen, no sólo por sus vidas, sino "por sus bienes", respuesta que da Main, desde el corazón de la oligarquía, a quienes sostienen que el primer peronismo no planeaba expropiarla. La señora Main dice: sí, se temía eso. Se trata de un texto paranoico escrito en el preciso momento en que McCarthy perseguía a todo el mundo en Estados Unidos. Main trasladó el mecanismo a la Argentina. Hay un gran film de 1956, *La invasión de los usurpadores de cuerpos (Invasion of The Body Snatchers)*, basado en una novela de Jack Finney y dirigido magistralmente por Don Siegel e interpretado (algo que pocos dicen) con enorme convicción por un actor entrañable de la clase B norteamericana que, precisamente, tenía el mismo apellido que el senador Joseph Raymond McCarthy, nacido el 14 de noviembre de 1908 en el estado de Wisconsin, es decir, se llamaba McCarthy, Kevin McCarthy. Seré breve: el film narra un ataque alienígena (*Marte: Planeta rojo*) de horrorosas características. Unos habitantes de la pequeña localidad de Santa Mira empiezan a revelar conductas extrañas. La cosa es que ellos ya no son ellos. Alguien o algo se ha apoderado de sus cuerpos y de sus mentes. Pongan ustedes aquí lo que quieran: pero si un film les cuenta esto en 1956 y pasa en Estados Unidos, que está en medio de una Guerra Fría con los comunistas, está claro que los que se están apoderando de los cuerpos y las mentes de los buenos ciudadanos de Santa Mira son... los comunistas. Es la visión del Otro que se apodera de "lo mío" o de "lo nuestro". Aquí, en Argentina, cuando los militares del Proceso, a las diez de la noche o más tarde también, preguntaban desde los televisores "¿Usted sabe dónde está su hijo ahora?", buscaban introducir el mismo pavor. En vez de los comunistas, la subversión, que era la forma argentina de los comunistas. Pero la pregunta decía: "Sepa bien dónde está su hijo ahora, porque si usted no lo sabe es posible que algún *subversivo* se esté apoderando de él introduciendo en su cabeza ideologías extrañas a nuestro estilo de vida occidental y cristiano". Entre "ideologías extrañas" y "alienígenas" no hay diferencias. El film de Siegel tiene un cierre poderoso. Sin esperanzas, luego de haber besado a la única persona que seguía a su lado, su novia, Becky Driscoll (Dana Wynter), Kevin McCarthy aparta sus labios de los de ella, la mira y se da cuenta. *Ella ya no es ella, es un alien*. La escena es la cumbre del cine paranoico. La cumbre del macartismo. No te fíes ni de aquellos que te aman. Ni de aquellos a quienes amas. Todos pueden ser Otro en cualquier instante. Porque Ellos se apoderarán de Todos. Kevin, desesperado, huye en busca de la autopista. Y aquí viene el gran cierre del film de Siegel. Kevin llega a la autopista, con cara de loco, los ojos muy abiertos, transpirado, y, a los gritos, a los manotazos, intenta detener a los automóviles, en tanto grita: "¡Usted puede ser el próximo! ¡Usted puede ser el próximo!". Mira a la Cámara, *nos mira* y, por última vez, a todos, nos dice: "¡Usted puede ser el próximo!" (*Nota*: Este esquema de los cincuenta, que utilizó el macartismo y que Mary Main aplicó al peronismo y que Videla utilizó contra el "enemigo subversivo", gozó de enorme desprestigio durante años. Sobre todo su creador, Joseph McCarthy. Pero Estados Unidos, desde la ya lejana aparición de *El choque de civilizaciones* de Samuel Huntington, vive una nueva experiencia paranoica, más concreta a partir del acontecimiento de las Torres Gemelas. Por otra parte, la caída del Muro y de la Unión Soviética parecen haber autorizado a algunos investigadores a decir que recién ahora tienen los documentos necesarios, los de la KGB sobre todo, como para poder decir, sin hesitación alguna, ¡que McCarthy tenía razón! A veces uno agradece seguir sobre este mundo frecuentemente desalentador a causa de las hilarantes sorpresas que presenta. Juro que jamás pensé (ni se me pasó por la cabeza) que alguien se atrevería a reivindicar a McCarthy. Pero no quiero equivocarme: si la cosa ha empezado, no se detendrá. Estados Unidos está acaso tan paranoico o más que en los tiempos de McCarthy. No es casual que aparezcan los que luchan por rescatar su nombre y su lucha. El tipo es un español. Cuando vi el libro y le dije a mi amigo librero cinéfilo que me lo llevaba me dijo: "Pero mire que es a favor de McCarthy". "Mejor", le dije. "Soy muy curioso. Quiero ver cómo se hace para defender a McCarthy." Le pregunté más o menos qué decía el tipo. El librero me dijo que él no aguantaba leerlo. Yo no: me lo tomé como una obligación. Más aún: como un signo de los tiempos. La cosa es un poco como el poema de Brecht: "Primero empezaron por reivindicar a McCarthy... etc.". El libro se llama *McCarthy o la historia igno-*





rada del cine. Lo escribió Fernando Alonso Barahona y lo editó en Madrid la editorial Criterio Libros. Alonso Barahona dice que McCarthy conoció años de gloria pero luego fue condenado al desprestigio. Que se inventó el adjetivo *macartista* como sinónimo de *persecución* o *caza de brujas*. "Pero la historia sigue su curso frío y de vez en cuando toma sus venganzas" (*Ibid*., p. 10). ¿Por qué la historia, después de la Guerra Fría, habría de seguir teniendo un "curso frío"? ¿De qué tiene que vengarse la historia? ¿De los que acusaron a McCarthy? Sí, respondería Alonso B. Conclusión: la historia hace justicia. Juzga. Claro: ¿o no se habla del Tribunal de la Historia? Además, del modo en que Alonso B. lo escribe, pareciera que "la venganza" se la ha tomado "la historia". ¿A *ella* entonces se la ofendió al atacar durante años a McCarthy? Ergo, si al atacar a la historia se atacó a McCarthy, la historia es macartista. Que es lo que quieren todos los paranoicos. Que es lo que hace Mary Main con el peronismo. Porque su "historia" es la historia de los temores y, por consiguiente, de los odios desmedidos y hasta de las injurias de las clases poseedoras. Que, según parece, sintieron que el peronismo les quitaba sus "bienes". Lo cual, IAPI, mediante, era cierto. La paranoia se les confirmó. El peronismo les quitó ese 33% de la renta que deslizó hacia el proletariado. Durante estos días, otra vez la oligarquía siente que un gobierno "alienígena", heredero de quienes en el pasado usurparon las mentes de muchos jóvenes con "ideologías extrañas a nuestro ser nacional", les está "reteniendo" los ingresos para "distribuirlos" hacia las cocineras que ya no se conforman con ochenta pesos. No sé, espero terminar estos suplementos y que la oligarquía –esa que la Juventud Peronista, y no D'Elía, que se apropió del término, llamaba "puta"– se sosiegue un poco, respete el orden constitucional y podamos, al menos, seguir pensando seriamente este país antes de agarrarnos a patadas otra vez. Si se llega a eso que sea luego de haberlo pensado con rigor, serenamente.

SABATO: "EL OTRO ROSTRO DEL PERONISMO"

El pequeño texto de Sabato que pasamos a analizar se presenta como una respuesta al dirigente nacionalista Mario Amadeo. No es un texto que Sabato haya querido mantener vigente pues poco es lo que retornó a él, y no lo volvió a publicar, hasta donde yo sé. De todos modos, es muy representativo de su pluma y sirve para abultar un poco su bibliografía, de por sí muy escasa. Pero aquí evitaremos la "cuestión Sabato". Trataremos de ver solamente su visión de los hechos en este cuasi panfleto de militancia que fecha en Santos Lugares, en junio de 1956, el mes de los asesinatos de la Libertadora a los que no hace mención en su texto probablemente porque lo escribió antes de que éstos se produjeran.

Si bien Sabato incurre en todos los tics de la época, se observa en él la búsqueda de una posición equidistante de las pasiones, de los extremos, actitud muy de su estilo que no habrá de abandonar. En plenos años setenta, cuando le hacía reportajes más que a menudo la revista *Gente* y él, muy tranquilo y, al parecer, halagado, los aceptaba, declaró: "Hacia el socialismo, pero en libertad". Con lo cual quedaba bien con todo el mundo. Con los jóvenes rebeldes socialistas. Y con los liberal-democráticos que ya conversaban con las Fuerzas Armadas para frenar el accionar subversivo de la juventud socialista que militaba masivamente por el retorno de Perón. Su voz, en junio de 1956, suena, no obstante, más comprensiva que la de otros. Aunque no merece el respeto de un Milcíades Peña. Porque Sabato festejó el golpe del '55 y hasta confiesa, en su pequeño texto, haber llorado junto a su amigo Orce Remis en Tucumán. Milcíades, por el contrario, un hombre infinitamente más lúcido que Sabato, pese a estar en muchísimas cosas contra el peronismo, tal como hemos analizado exhaustivamente, advertía que el movimiento que se preparaba para derrocarlo era antiobrero, derechista católico y abiertamente reaccionario. De aquí que haya ido a pedir armas a la CGT para defender al gobierno de Perón en lugar de emocionarse con la voz de Puerto Belgrano que llegaba, lejana y pasional, y provocaba lágrimas de emoción en Sabato, como en la oligarquía, los ardientes católicos del Cristo Vence y la aviación de la Marina que había masacrado la Plaza de Mayo en junio de ese año. Era difícil sostener a Perón, porque su desgaste era muy grande y no parecía tener deseos ni fuerzas ni el más mínimo entusiasmo de encarar una lucha a fondo. Pero de ahí a sumarse a un movimiento que, a un analista de izquierda lúcido, no podía sino revelarle su rostro vengativo y clasista, antiobrero y antipopular, había un gran trecho que muchos, demasiados, dieron.

Sabato empieza por aclarar (como si hiciera falta) que la Argentina se encuentra en una gran encrucijada histórica. Pero no habrá de ser padecida por quienes él piensa. Sino que ellos actuarán como verdugos. La compara con la de 1853, con lo cual adhiere al eslogan de la Libertadora: Mayo-Caseros y Tercera Tiranía. "Sarmiento, Echeverría y Mitre son ejemplos que hoy debemos invocar" (Ernesto Sabato, *El otro rostro del peronismo*, sin pie de imprenta, Buenos Aires, 1956, p. 10). Promete luego que habrá de publicar un ensayo bajo el título de *La sombra de Facundo,* cosa que nunca hizo (*Ibid*., p. 11). De inmediato habla de "la insuperable corrupción del absolutismo peronista" (*Ibid*., p. 17). Y luego se refiere a sí mismo, a cierto aspecto de su historia, algo que también habrá de acostumbrar hacer en el futuro. Onetti confesó que había dejado de leer *Abbadón, el exterminador* cuando leyó: "Sabato estaba punto de cruzar la calle cuando...". Escribe el autor de *Sobre héroes y tumbas* (novela de fulminante éxito cuando apareció): "De mi propia experiencia de estudiante comunista, entre los años 1930 y 1935, recuerdo que nos daba vergüenza emplear ya grandes palabras como patria y libertad, sobre todo si iban con mayúscula, hasta tal punto las habíamos visto prostituirse en las bocas de los ladrones políticos. Y ese sentimiento de pudor fue tan persistente que hube de llegar hasta la revolución de 1955 para volver a pronunciarlas" (*Ibid*., p. 18). Dice que eran las masas trabajadoras las torturadas salvajemente en la Sección Especial contra el Comunismo. Que el paso por la Sección Especial era "trágico". Le reconoce a Perón (pero sólo por su paso por la Italia fascista) que advirtió que había llegado para el país "la era de las masas". Así, "las masas populares (...) fueron con el primer aventurero que supo llegar a su corazón". Luego dice obviedades: que los socialistas (a los que llama "puros") no sabían cómo llegar a las masas. Dice lo mismo de los comunistas, de los

conservadores y los nacionalistas. Compara a Perón con Hitler, pero encuentra a Hitler más sincero: "Porque, a diferencia de nuestro tirano aborigen que nunca dijo la verdad, el sombrío dictador alemán la dijo casi siempre" (*Ibid*., p. 23). Y desenmascara el secreto proyecto de Perón y el GOU: "No debe cabernos duda de que el propósito inicial de este coronel, y de muchos de los oficiales que lo rodeaban, era el de regir una satrapía del imperio alemán, si Hitler triunfaba en Europa" (*Ibid*., p. 23). Habla luego de un esquema que habrá de manejar siempre: el hombre niega, por medio de la razón, su naturaleza dual, contradictoria. Cita a Dostoievski, cuyas *Memorias del subsuelo* son el libro axial de su concepción binaria de la condición humana: racionalismo versus condición trágica del hombre. Abreva también en León Chestov y Nicolás Berdiaeff, representantes en esos años de una especie de "filosofía de la tragedia", atractiva para adolescentes con exaltaciones demoníacas. Dadas las *características personales* de Perón, dice luego, su gobierno no podía concluir sino "en la tiranía más execrable, en la megalomanía y en la corrupción, en el peculado y la amoralidad" (*Ibid*., p. 26). Vuelve a Dostoievski, a quien simplifica, y esa doctrina acerca de la dualidad esencial del ser humano: "Fedor Dostoievski afirma que Dios y el Demonio se disputan al ser humano, y que el campo en que esa dramática lucha tiene lugar es el corazón del hombre" (*Ibid*., p. 28). Luego (para buscar lucir su erudición) refuerza la tesis con Pascal: "Que, como todos nosotros, también era ángel y bestia". Condición que no parece haber tramado el alma de Perón: sólo bestia. Pero sí la de Sabato porque, a partir de este momento, el texto entra en su etapa angélica, comprensiva, el alma bella del escritor que entiende el alma simple del pueblo al que ha engañado ese coronel mentiroso, falaz, más insincero que el mismísimo Hitler, del cual Sabato ha extraído la certeza un tanto absurda de la verdad (aunque siniestra) de sus palabras. Confiesa que "era un error pensar que a Perón sólo lo apoyaban los desclasados" (*Ibid*., p. 31). Con esto ya supera a Martínez Estrada en comprensiva piedad por el peronismo. Convengamos que para superar los energunismos de Martínez Estrada no hacía falta demasiado. (¿Les gustó esa palabra? ¿Energunismos? Energúnicos, al menos, hubo a montones entre los intelectuales que dieron lustre a la Libertadora.) Que, continúa S., no sólo "la chusma" apoyaba a Perón. Que él estaba en contacto con los obreros y los que estaban junto a él sabían "que aun gremios tan políticamente avanzados como los ferroviarios eran, en su inmensa mayoría, partidarios del nuevo líder" (*Ibid*., p. 31). Insiste, retorna, sin embargo, a hablar de la "pesadilla peronista" en un apartado que se titula *Aquella patria de nuestra infancia*. ¿Cuál había sido? ¿La de Figueroa Alcorta? ¿La de Quintana? ¿La de Sáenz Peña? ¿La de Uriburu? Para la oligarquía setembrina, sí, por supuesto. ¿Y para Sabato? ¿Yrigoyen? No lo dice. Pero la frase está demasiado cerca de esa del ministro de Hacienda de Aramburu, el doctor Blanco, que finalizaba su discurso diciendo que ahora, en 1955, retornaba la patria "de nuestros padres y nuestros abuelos". Sabato, insistiendo con los escritores rusos, habrá de narrar una anécdota, por decirle así, que narrará luego muchas, inmoderadas veces: que Pushkin "exclamaba con lágrimas en los ojos, después de oír las cómicas historias de Gogol: '¡Qué triste es Rusia'" (*Ibid*., p. 35). ¿Las historias de Gogol son "cómicas"? ¿*El capote* es un relato cómico? Sé bastante sobre los narradores rusos, como todo escritor argentino, pero, si tengo alguna duda, requeriré la ayuda de mi amigo Saccomanno antes que la de Sabato. Luego viene lo de Puerto Belgrano, que ya comenté. Es un texto, qué sé yo, decidan ustedes: "El tucumano Orce Remis y yo, que en ese momento estábamos solos frente a la radio, nos miramos y vimos que los dos estábamos llorando en silencio y que nuestras lágrimas venían de la misma y lejana y querida y añorada fuente: las ilusiones de nuestra común infancia de argentinos" (*Ibid*., p. 39). Insisto: ¡cuán superior fue Milcíades! En el momento en que Sabato lloraba de emoción por su infancia de argentino por fin recuperada, imagino a Milcíades pidiendo armas en la CGT y puteando furioso contra Perón, pero desde el lado de la lucha. Diciendo: "Maldito general, se raja justo ahora cuando hay que luchar contra toda esta avalancha catolicoide, oligarca, liberal, pro-yanki, con malditos comandos civiles formados por los niños bien. ¡Queremos armas, carajo! ¿Dónde está ese general que no se pone al frente de la lucha?". Estoy seguro de que esto pasaba con Milcíades (con palabras menos melodramáticas de las torpes que puse en su boca) y muchos otros que sabían muy bien lo que se venía, lo que habría de suceder a Perón, a ese Perón que él había cuestionado pero salía a defender en su caída porque era preferible al régimen clasista, oligárquico e "ilustrado" que venía a reemplazarlo.

EL OTRO SABATO

Sabato, entre tanto, lloraba de emoción. Y aquí aparece el otro Sabato: el del corazón abierto, el de la comprensión: "Si en el peronismo había mucho motivo de menosprecio o de burla, había también mucho de histórico y de justiciero" (*Ibid*., p. 40). Y todavía sigue: dice que los antiperonistas hicieron todo lo posible por fortalecer a Perón, agraviándolo una y otra vez, en tanto las masas lo amaban. Y escribe páginas sensatas. Escuchen: "Con ciertos líderes de izquierda ha pasado algo tan grotesco como con ciertos médicos, que se enojan cuando sus enfermos no se curan con los remedios que recetaron. Estos líderes han cobrado un resentimiento casi cómico –si no fuera trágico para el porvenir del país– hacia las masas que no han progresado después de tantas décadas de tratamiento marxista. Y entonces las han insultado, las han calificado de chusma, de cabecitas negras, de descamisados; ya que todos estos calificativos fueron inventados por la izquierda" (*Ibid*., p. 42). La izquierda se enfrentaba con dos proletariados: "Un proletariado platónico, que se encuentra en los libros de Marx, y un proletariado grosero, impuro y mal educado que desfilaba en alpargatas tocando el bombo" (*Ibid*., p. 42). Recuerda a Cristo: "*Eran esclavos y descamisados los que en buena medida siguieron a Cristo y luego a sus apóstoles*" (*Ibid*., p. 43. Cursivas mías.) Los peronistas adhirieron con "genuino fervor espiritual, (con) una fe pararreligiosa (a) un líder que les hablaba como a seres humanos y no como a parias. Había en ese complejo movimiento –y lo sigue habiendo– algo mucho más profundo y potente que un mero deseo de bienes materiales: había una justificada ansia de justicia y de reconocimiento, frente a una sociedad egoísta y fría, que siempre los había tenido olvidados" (*Ibid*., p. 43).

Abre un nuevo apartado al que llama: *Doctores y pueblo*. Dice que los doctores no sólo han incomprendido el fenómeno peronista sino también el fenómeno de nuestros grandes caudillos" (*Ibid*., p. 44). Y sigue con sus obsesiones trágico-teológicas: "Un pueblo no puede resolverse por el dilema civilización o barbarie. Un pueblo será siempre civilización y barbarie, por la misma causa que Dios domina en el cielo pero el Demonio en la tierra" (*Ibid*., p. 45).

Por fin, se lanza a establecer *las bases de la conciliación nacional*. El primer punto se llama "comprensión del pueblo". Reconozcamos que en el momento en que la Libertadora se proponía reprimir y ahondar la miseria del pueblo (como venganza a su adhesión al peronismo, pues si hubo un movimiento revanchista fue el de la Libertadora, sólo superado por el revanchismo asesino y cruel de la dictadura que encabezó Videla), Sabato pedía *comprensión*. ¿En qué consistía? No hubo sólo demagogia y tiranía entre 1943 y 1955, dice, "sino también el advenimiento del pueblo desposeído a la vida política de la nación" (*Ibid*., p. 48). El segundo punto: "Un nuevo sentido para la palabra libertad". Escribe: "¿Cómo podían creer los trabajadores en la palabra Libertad, que a cada instante pronunciaban los dirigentes políticos, si al menor intento de huelga eran perseguidos y encarcelados? (...) Y les asiste todo el derecho al descreimiento, si esa sagrada palabra no aparece respaldada por el concepto de justicia social. (...) Porque es por lo menos sospechoso que la palabra libertad sea invocada por los grandes empresarios y los capitanes de las finanzas. Los obreros saben, amargamente, que para esas personas 'libertad' significa la libertad de sujetar al asalariado mediante la sola, dura ley de la oferta y la demanda, y la entrega de la riqueza nacional a los consorcios internacionales" (*Ibid*., p. 50). ¿Quieren saber algo? Yo suscribiría esta frase de Sabato. Y dicha en el anclaje histórico supragorila de 1955 más valor tiene. Es cierto que en seguida escribe una tontería como: "Pero cuando decimos justicia social no queremos decir demagogia, pues la demagogia es a la democracia lo que la prostitución es al amor" (*Ibid*., p. 50. Pero éste es el juego de un escritor que, como Perón, fue siempre pendular. Que quería armonizar todos los contrarios y mostrar un rostro distinto al de aquellos que, en última instancia, eran los suyos, pero no puede desconocerse que si se hubieran aplicado sus concepciones habría existido más piedad para los desdichados obreros peronistas). El tercer punto se titula: *Los sindicatos a los trabajadores.* Y es un título muy antipático para los "libertadores". "Los sindicatos deben ser entregados a los trabajadores. (...) Mientras la ardua cuestión de los sindicatos no se resuelva no habrá paz social y no existirá la más remota posibilidad de reconstruir la economía del país" (*Ibid*., p. 51). Luego, la responsable, profunda aceptación de la culpa: "Todos somos culpables, de alguna manera o de otra" (*Ibid*., p. 53). ¿Lo imaginan al "socialista" Américo Ghioldi diciendo algo así? ¿A Rodolfo Ghioldi, a Codovilla? ¿*A la izquierda argentina*? Era más lúcido y abierto y comprensivo un francotirador como Sabato que todos ellos. Incurre luego en un par de conceptos gorilas típicos de la época, es como si se asustara de lo que dice y de inmediato quiere enmendarlo con insultos al tirano ("Perón, lleno de odio por los valores espirituales", *Ibid*., p. 58), pero luego pide ¡convocatoria a elecciones! Reconciliación nacional. Escribe: "El fervor multitudinario que Perón aprovechó no será liquidado mediante medidas de fuerza ni apoyándose en políticos que malhumoradamente las solicitan. No se desmoronará así la maquinaria peronista: sólo se logrará reforzarla hasta convertirla en una tremenda, incontenible y trágica aplanadora" (*Ibid*., p. 61). Que fue lo que logró el odio del golpe del '55. Y así termina el breve texto.

¿Por qué hemos acaso flagelado a los lectores con el texto de Sabato? Porque pareciera exhibir la actitud de un hombre que busca diferenciarse del odio de la Libertadora. Creo que lo fue. Rechazó los fusilamientos. No tuvo el odio de Martínez Estrada, ni de Borges, ni de Bioy, ni de Bonifacio Del Carril (*Crónica interna de la Revolución Libertadora*), ni de Américo Ghioldi, ni de la revista *Sur*, ni de *La Vanguardia* (con los agraviantes dibujos de Tristán), ni de Raúl Damonte Taborda, que publicó un libro con un título imaginativo: *Ayer fue San Perón*. Sabato buscó comprensión y sensibilidad en su corazón. ¿Fue sincero? No sé. Ahí, en esa encrucijada, eligió ese modo de compromiso, un modo que lo diferenció del odio general reinante. Sólo se sabe que, luego, apoyó a todos los golpes militares que vendrían.

Terminamos aquí con los libros de la Libertadora. Ojalá hayan encontrado algo en ellos. Yo creo que hay mucho y que mucho de esos odios permanecen. Como permanecen las clases que dieron el golpe del '55 y la misma Iglesia Católica que los acompañó.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann – Germán Ferrari

PRÓXIMO DOMINGO

Borges y la Libertadora